

2º premio

Antonio Arteaga Pérez

San Martín de Moltalbán

(Toledo)

DE PROFESIÓN: SUS LABORES

–¿Lo has pensado bien, cariño? –me preguntó mi madre desde el otro lado del teléfono– Sé cuánto te gusta tu trabajo y sé que lo vas a echar mucho de menos. Tal vez puedas compatibilizarlo...

–No, mamá, la decisión está tomada –contesté con un suspiro–. La niña aún es pequeña para ir a una guardería, necesita cuidados constantes y es una tontería gastar un sueldo para pagar a una canguro.

–¿Y tienes que ser tú quien renuncie?¿Por qué no puede...? –insistió mi madre, pero la interrumpí.

–Sabes las razones, mamá: mi sueldo es el menor de los dos y mi puesto el que tiene menos perspectivas de promoción. Soy yo quien debe renunciar y dedicarse al cuidado de Lucía y de la casa. Es lo lógico.

–Ay, cariño, ¿y si más adelante quieres trabajar otra vez? No es fácil...

–Tengo que dejarte, mamá, la niña está llorando –volví a interrumpirla–. Mañana te llamo. Un beso, te quiero.

–Yo también te quiero –oí que decía mi madre como despedida mientras colgaba el teléfono.

Me sentía un poco mal por haberla mentido pero, con esta, habíamos tenido tres veces la misma conversación desde que le conté lo que iba a hacer. Comprendía perfectamente que mi madre quería lo mejor para mí y entendía su preocupación, y también sabía que no guardaba ningún rencor hacia mi pareja porque la decisión de renunciar a mi trabajo para ocuparme del hogar la habíamos tomado de mutuo acuerdo.

Me acerqué hasta el cuarto de la niña y la contemplé un largo rato en silencio. Lucía dormía plácidamente. Acerqué la nariz todo lo que pude para comprobar que aún

no necesitaba un cambio de pañales, le di un beso y me dirigí a la cocina. Tenía mucha tarea por delante.

La falta de práctica me fue pasando factura en todo lo que hacía. Olvidé poner detergente en el lavavajillas. Después de hacer la cama recordé que tocaba cambiar las sábanas y tuve que deshacerla y rehacerla de nuevo. Me entretuve dando el biberón a Lucía cuando se despertó y por poco se me quemó la comida. Menos mal que pasar la aspiradora y limpiar el polvo mientras no pierdo de vista a la niña es menos complicado gracias a la cuna portátil, porque puedo llevarla de habitación en habitación. Incluso pude poner la lavadora antes de liarme con la plancha atrasada. La plancha es lo que más me cuesta, como a todo el mundo. Tuve que planchar varias veces el mismo pantalón porque las rayas se empeñaban en quedarse donde no debían, y lo mismo me pasó con bastante ropa más.

Estaba a punto de dar una camisa por imposible cuando miré el reloj y, pese al cansancio, sonreí. Eran las tres y media de la tarde. Un momento después sonó el timbre y corrí a abrir la puerta. Y allí estaba, con evidentes signos de haber tenido una dura jornada de trabajo, pero también sonriendo al verme, mi mujer.

Cuesta trabajo aprender cosas que nunca te enseñaron desde pequeño, pero sé que cada vez seré mejor amo de casa y que mi madre, aunque mañana vuelva a insistir en lo de siempre y no quiera reconocerlo, está orgullosa de su hijo.